

TEORÍA

EN TORNO A LA *MISE EN ABYME*: ENUNCIACIÓN Y AUTORREFLEXIVIDAD

Catalina Gaspar
Universidad Central de Venezuela

En el territorio de los estudios del discurso asistimos contemporáneamente en Latinoamérica a un profundo debate en torno a la legitimidad de la ficción como un discurso diferenciado de otros discursos producidos en la vida social, debate que involucra las formulaciones relativas a la representación, al referente literario, a la ideología y al proceso de enunciación textual. En el contexto de los complejos y polémicos procesos autorreflexivos de la postmodernidad, la metaficción narrativa -también denominada literatura autorreflexiva, autoconsciente, y narcisista- que definimos como aquella literatura que versa sobre sí misma, ficcionalizando su proceso de producción y de recepción al elaborar su propio metatexto, que coloca en la escena textual su quehacer ficticio y problematiza su status como ficción en las alteridades realidad/ficción y escritura/lectura que la hacen posible, abre la posibilidad de un espacio teórico para la siempre renovada discusión en torno a la enunciación -social, autoral, textual- de discurso ficticio y su carácter constructivo y signico.

Entre los estudios teóricos que versan sobre la metaficción narrativa, destaca el de Lucien Dällenbach (1991), quien formula una tipología del «relato especular», el cual caracteriza por albergar en su interior una o varias *mises en abyme*, término que corresponde a «*todo enclave que guarda relación de similitud con la obra que la contiene*» y se define por *reflexividad* (1991: 16), ya que «*reflejo es todo enunciado que remite al*

enunciado, a la enunciación o al código del relato» (Ibid: 159). Con carácter conclusivo Dällenbach plantea que el «reflejo básico» genera diversos grados de analogía que, de acuerdo a la relación existente entre la *mise en abyme* del enunciado y el objeto que éste refleje, corresponden a la *similitud*, el *mimetismo* y la *identidad* (Ibid: 133). Conclusiones coincidentes con las de Linda Hutcheon (1984), para quien la tradicional mimesis de la estética realista es sustituida, en la narrativa narcisista, por la mimesis del proceso, que se manifestaría fundamentalmente -dentro de la tipología de Dällenbach- en la reflexividad del código y de la enunciación, mimesis mediante la cual el relato representa especularmente sus propios procesos constructivos. A efectos de nuestra reflexión nos interesa fundamentalmente la *mise en abyme* de la enunciación, en la cual, según Dällenbach, se pretende «hacer visible lo invisible», esto es, a los sujetos de la producción y recepción del relato -autor y lector empíricos e inmanente- quienes son trasladados a escala de los personajes, en una «presentificación diegética» de lo metadieético: «el ser, el decir o el hacer de la escritura» (Ibid: 97).

En relación a este conjunto de elaboraciones teóricas relevantes para el análisis del discurso queremos esbozar, a partir de la conceptualización del discurso ficcional que subyace en ellas, algunas consideraciones que las problematizan. Estas consideraciones surgen de la confrontación entre aspectos teórico-críticos pertinentes a los estudios literarios y culturales y un *corpus* de la narrativa latinoamericana contemporánea, en un diálogo intertextual del que derivamos la propuesta de la *metaficción productiva*, que entendemos como aquella literatura autoconsciente que narra las transformaciones del lenguaje, la ideología y los sujetos de la enunciación en la productividad textual que la constituye, desde la cual, la ficción teje su discurso como práctica interdiscursiva con el tejido de discursos de una cultura. Lejos de toda relación de analogía, identidad o de semejanza en nivel alguno, la *metaficción productiva* pone en escena ya no el producto de un proceso, al *mise en abyme* como enclave -«signo segundo» (Dällenbach: 1991: 74)- que refleja el texto, sino su productividad textual, que es, siempre, una experiencia inédita y, desde nuestra perspectiva, desconstruye la *mise en abyme* de la enunciación para proponer una lectura otra de la metaficción como productividad autoconsciente y práctica interdiscursiva.

La noción de «signo segundo» (Dällenbach: *Ibidem*), nos retrotrae a conocidas formulaciones teórico-críticas fundamentadas en la estética del realismo, formulaciones que podrían sintetizarse en lo que Eco denominó «falacia referencial» (1978), así como también a las nociones cerradamente inmanentistas del discurso, en las cuales, como afirmara Kristeva (1972), se asimila la producción semiótica al producto enunciado. Para nosotros ambas nociones asumen las alteridades realidad/ficción, texto/contexto, enunciado/enunciación, lo metadieético/lo dieético, como polaridades que dan cuenta de un pensamiento logocéntrico y dicotómico que soslaya por igual la productividad textual, al concebir el discurso como el producto de una anterioridad significativa, un signo segundo en tanto enunciado producido por un proceso, por un contexto o por una voluntad empírica o inmanente previos a su existencia.

Y desde las concepciones relativas a la metaficción ue hemos señalado, ambas falacias, la referencial y la inmanentista, parecerían sustituirse por lo que podríamos llamar la *falacia metaficcional*, que una vez más circunscribe, de la metadiégesis a la diégesis, y del texto al metatexto, del discurso ficticio al reino de la analogía, la identidad y la semejanza. La falacia del espejo mimético se desplaza así a la «estructura» textual, con lo que se concibe que el texto narcisistamente se autocontempla, reflejándose en el metatexto que lo contiene o en la *mise en abyme* que lo reproduce.

Estos aspectos adquieren su mayor relieve en la relativo a la *mise en abyme* de la enunciación. Si bien, aparentemente, el concebir que ella representa «el ser, el decir y el hacer» del «productor» del relato -«su rostro oculto»-, supone la destrucción de la ilusión de realidad y el efecto de verosimilitud de la mimesis realista -la cual, mediante procesos igualmente artificiales, pretende enmascarar el carácter artificial y constructivo del discurso para ofrecerse como un texto más «natural» y «próximo» a la realidad- el vasto campo de sugestivas reflexiones que ello podría significar parecería, sin embargo, retrotrarse a nociones ya superadas al asumir, implícita y también en buena medida explícitamente, dos direcciones teóricas fundamentales. En la primera de ellas, el discurso se concibe como un objeto acabado, cerrado, mimetizable, una estructura homogénea que es producto del proceso, también unidireccional y homogéneo, de su autor, quien puede trasladar, de manera consciente y unívoca los signos del proceso que generó el texto a la interioridad de éste y autorrepresentarse

en él. La segunda de estas direcciones teóricas nos dice que el texto, ese objeto acabado, centrado y monolítico, puede reflejarse -parcialmente o en su totalidad-, en el metatexto, con lo que sus claves serían representadas y decodificadas gracias a la reproducción especular.

Se trataría tal vez de lo que Foucault enunció como «resolver el discurso en un juego de significaciones previas» (1970: 44). Pero el texto no es un enunciado producto de un proceso de enunciación, ni el metatexto el desdoblamiento del texto que revela lo que éste celosamente oculta. Con Macherey (1974: 38-39) pensamos que «El libro no es la apariencia tomada por una realidad exterior que él escondería al mostrarla: su realidad se encuentra toda en el conflicto que la anima y que, con exclusión de cualquier cosa, le concede su condición». Y la *metaficción productiva* es una intrincada productividad que desentroniza todas las dicotomías para proponer un pensamiento no dicotómico, tal vez el pensamiento de un sistema caótico, descentrado y rizomático, en el cual ningún sujeto -empírico o inmanente- es el sujeto de la enunciación textual, ella misma es un inacabado *sujeto en proceso*, cuya puesta en escena es la de los procesos transformativos que genera en su ser ficción, y que establecen la diferencia entre las nociones culturales de «obra» y «libro» que Kristeva y Derrida desmitifican y nos permite asumir la noción de texto como productividad carnavalizada, práctica interdiscursiva de ideologemas y rizomática estereofonía.

De ahí que pensemos a la metaficción como una *productividad autoconsciente* que hace invisible lo visible -los sujetos de la enunciación- al transformarlos en tejido ficticio; desmitifica la «verdad» y el «centro» del relato para proponerse como *prisma metaficcional*, un tejido ficcional en proceso que narra su productividad textual: los cortes, heridas, deseos, construcciones y desconstrucciones que lleva a cabo en la realidad, en el lenguaje y en la ideología. La noción de sujeto es despojada, en la *metaficción productiva*, de la connotación del Uno, logos centrado, que de la realidad al texto, del texto al metatexto, del relato a la *mise en abyme*, del autor empírico o inmanente a su «representación», nos sugiere las imágenes del *árbol mundo* de Deleuze (1977) que genera a la *raicilla* y a la *falsa multiplicidad*, siempre el Uno que se transforma en un Dos, que como la lectura tradicional del mito de Narciso, devuelve especularmente la mismidad de la imagen.

Por ello el rizoma (Deleuze, 1977), es para nosotros imagen de la productividad caótica que es todo discurso: una multiplicidad *desterritorialidad*, generativa que, lejos de toda refracción especular, se teje rizomáticamente en el tejido, también rizomático, que es toda cultura en tanto práctica interdiscursiva. Si hay especularidad textual ella es, nos dice la *metaficción productiva*, «esta especie de espejo cóncavo, de lente engañador, que remite de un vacío a otro, de una negatividad a otra negatividad» (Roa Bastos, 1977: 189-190), porque el autor, como nos lo enunciara Kristeva (1981), al transformarse en texto, no es nada ni nadie, es un vacío. Si hay especularidad en la *metaficción productiva* ella es la múltiples biseles de un descentrado *prisma ficcional*, en el cual la falaz imagen de un centro discursivo es sólo uno de los biseles, irregulares, contradictorios, caóticos, que se generan unos a otros, interrogándose, refutándose, ironizándose y tejiendo la urdimbre que es todo relato.

Así, los textos que hemos denominado *metaficción productiva* se alejan de la *mise en abyme* de la enunciación de Dällenbach y de la *mímesis del proceso* de Hutcheon, porque en ellos no se presentifica al productor del relato, el texto no representa lo metadieético, él mismo se pone en evidencia como productividad. Tal vez una de las mejores expresiones de la problematización de esas nociones y de las propuestas que intentamos esbozar, la constituya *la lectura de Casa de campo*, de José Donoso, como texto metaficcional. El narrador ha sido recepcionado por numerosos estudios literarios como «substituto autorial», en correspondencia con su autodenominación como «narrador», quien explicita su pretensión de destruir con su presencia y los enunciados que dirige al lector en la medida que inventa y reflexiona sobre la historia que escribe, la cara ilusión novelesca de la ficción realista. Ello ha sido interpretado como el asumir de Donoso el papel de narrador e introducirse en el relato, así como la presentificación del autor implícito, de manera que se trata, desde esta perspectiva, y en clara consonancia con los planteamientos que hemos expuesto, de una *mise en abyme* del productor del relato, y de una *mímesis del proceso*.

Sin embargo, desde nuestra lectura, *Casa de campo*, por el contrario, ironiza el poder autorial y dramatiza en las tensiones de poder que se escenifican en el mundo representando las tensiones por la productividad del discurso del discurso que ha de combatir la univocidad y omnipoten-

cia del poder autorial como «centro» discursivo, como «sujeto» de la escritura. El «narrador» es el «padre» del discurso, quien, como los «padres» Ventura, ejerce todas las coacciones del discurso: la elección de las voces y perspectivas narrativas, lo que se dice y lo que se silencia. Pero el poder autorial en su representación diegética es, como las farsas del *trompe l'œil* y *La Marquesa salió a las cinco*, desentronizada por la productividad metaficcional que pone en escena el juego de poder que es todo discurso, el debate que se lleva a cabo en el cuerpo del relato en las tensiones desideologizadoras que enuncian sus silencios y negatividades, su callar y su decir.

Tensión que lleva a cabo también la *metaficción productiva* con la *mímesis del proceso* y la *mise en abyme* de la enunciación, las cuales parecerían haber sustituido la «ley» del referente de la ilusión: el poder autorial, tornando la desmitificación en una nueva mitificación. Una noción de ficción mimética es sustituida por otra, un monologismo por otro, una coacción discursiva, un poder, por uno semejante. La ironía metatextual es la imposibilidad del autor del relato de no ser sino también un artificio, un signo, cuyo imposible enraizamiento en el mundo, su «desterritorialización», revela, como apuntaba Paul de Man (1991), la profunda ironía que lo constituye, la cual pretende ser enmascarada en la supresión del azar, del caos, para imponer la voluntad de verdad, de revelación que soluciona en el metatexto el enigma textual.

Pero el discurso desentroniza su propia *mise en abyme* de la enunciación, evade la tentación de ofrecerse como una nueva forma de mimesis, y el «narrador» -uno de los biseles del prisma metaficcional- debate en el tejido interdiscursivo, su poder autorial, con la autonomía de los personajes, la conflictiva polisemia del texto, la carnavalización del orden instaurado sobre el caos, para erigirse ya no como «obra» producida por una voluntad constructiva -empírica o inmanente, delegada o representada- sino como sujeto en proceso que, en su movimiento de no-identidad, destruye la «ley» natural de discurso y mundo, su «orden», y hace del carnaval, de la relativización jocosa, de la inversión, de la ambigüedad, del caos y de la desconstrucción, principios generadores del relato que postulan la transformación y muerte no sólo del sujeto empírico, sino también del implícito en tanto logocéntricas imágenes homogéneas responsables de la enunciación textual, autoridades últimas que delegan su voz en per-

sonajes y narradores del relato y como conciencias estructuradas y estructuradoras, organizan la materia textual. Porque, si el sujeto de la enunciación es un gran Narciso que se autocontempla en el relato y el texto es un Narciso «segundo» que se ensimisma, en la *metaficción productiva*, Narciso se torna invisible, se desconstruye: no hay mismidad, existe sólo el rizomático caótico discurso que tejemos como cultura, hecho de multiplicidad, heterogeneidad y diferencias.

Tal vez por ello, es necesario reivindicar el carácter abismal de la *mise en abyme*, en la cual la reproducción al infinito del escudo dentro del escudo, imagen heráldica que propone Gide (1975), transforma, desconstruye identidades y analogías y, en lugar de repetir su imagen especularmente, narra el proceso transformativo de lo Mismo a lo Otro, que comprende y transporta la diferencia, de ola en ola, de gesto en gesto (Deleuze: 1988). Gesto enunciativo que, como en *La vida breve*, genera del yo escritor, un él -Brausen, Díaz Grey- quien lo nombra, lo ficcionaliza y lo toma otro y otros, y destruye toda pretensión de presentificación y tematización de la escritura, porque ella es esa «energía aforística» (Foucault) que tacha la superficie acabada del libro, «el museo de la novela de la eterna», el «falso cuaderno», la «obra» raicilla de Jerónimo/Humberto, y la voz teocrática de El Supremo, para generar la descentrada polifonía conformada por las voces de los estudios del discurso, ha de ser, como lo sugiere el Compilador de *Yo el Supremo*, escuchado, escrito y mil veces variado, para inscribirse rizomáticamente en la polifonía de nuestro imaginario.

BIBLIOGRAFÍA:

- Bajtín, Mijail (1974): *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento*. Barcelona (España): Barral.
- Barthes, Roland (1974): *¿Por dónde empezar?* Barcelona (España), Du Seuil y Tusquets editor.
- Dällenbach, Lucien (1991): *El relato especular*. Madrid, Visor, 1ª ed. en francés, *Le récit spéculaire*. Paris, Seuil.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1977): *Rizoma*. Valencia (España), Pre-Textos.
- (1988): *Diferencia y repetición*. Madrid, Jucar.
- De Man, Paul (1991): *Visión y ceguera: Ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*. Puerto Rico, Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Derrida, Jacques (1978): *La escritura y la diferencia*. Barcelona (España), Anthropos.

- Eco, Umberto (1978): *Tratado de semiótica general*. Barcelona (España)-México, Nueva Imagen y Lumen.
- Foucault, Michel (1970): *El orden del discurso*. Barcelona (España), Tusquets.
- Gaspar, Catalina (1996): *Escritura y metaficción*. Caracas, Casa de Bello.
- Gide, André (1975): *Los monederos falsos*. Barcelona (España), Seix Barral.
- Hutcheon, Linda (1984): *Narcissistic Narrative. The Metafictional Paradox*. New York and London, Methuen.
- Kristeva, Julia (1972): «La productividad llamada texto» en *VVAA. Lo verosímil*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, pp. 63-93.
- (1981): *El texto de la novela*. Barcelona (España), Lumen.
- Macherey, Pierre (1974): *Para una teoría de la producción literaria*. Caracas, Edics. Biblioteca Universidad Central de Venezuela.
- Roa Bastos, Augusto (1977): «Algunos núcleos generadores de un texto narrativo», en *Escritura* (Caracas), Año XV, N° 30, julio/diciembre; pp. 285-293.